

-Bebedizo... bebedizo... -murmuró Joaquín.

-Sí, don Joaquín, sí, un bebedizo... Y usted, que sabe tanto, deme un remedio para él.

-¡Ay, buena mujer!, ya los antiguos trabajaron en balde para encontrar un agua que los rejuveneciese...

Y cuando la pobre mujer se fue desolada, Joaquín se decía: «Pero ¿no se mirará al espejo esta desdichada? ¿No verá el estrago de los años de rudo trabajo? Estas gentes del pueblo todo lo atribuyen a bebedizos o a envidias... ¿Que no encuentran trabajo...? Envidias... ¿Que les sale algo mal? Envidias. El que todos sus fracasos los atribuye a ajenas envidias es un envidioso. ¿Y no lo seremos todos? ¿No me habrán dado un bebedizo?»

Durante unos días apenas pensó más que en el bebedizo. Y acabó diciéndose: «¡Es el pecado original!»

IX

Casóse Joaquín con Antonia buscando en ella un amparo, y la pobre adivinó desde luego su menester, el oficio que hacía en el corazón de su marido y cómo le era un escudo y un posible consuelo. Tomaba por marido a un enfermo, acaso a un inválido incurable, del alma; su misión era la de una enfermera. Y le aceptó llena de compasión, llena de amor a la desgracia de quien así unía su vida a la de ella.

Sentía Antonia que entre ella y su Joaquín había como un muro invisible, una cristalina y transparente muralla de hielo. Aquel hombre no podía ser de su mujer, porque no era de sí mismo, dueño de sí, sino a la vez un enajenado y un poseído. En los más íntimos trasportes de trato conyugal, una invisible sombra fatídica se interponía entre ellos. Los besos de su marido parecíanle besos robados, cuando no de rabia.

Joaquín evitaba hablar de su prima Helena delante de su mujer, y esta, que se percató de ello al punto, no hacía sino sacarla a colación a cada paso en sus conversaciones.

Esto en un principio, que más adelante evitó mentarla.

Llamáronle un día a Joaquín a casa de Abel, como a médico, y se enteró de que Helena llevaba ya en sus entrañas fruto de su marido, mientras que su mujer, Antonia, no ofrecía aún muestra alguna de ello. Y al pobre asaltó una

tentación vergonzosa, de que se sentía abochornado, y era la de un diablo que le decía: «¿Ves? ¡Hasta es más hombre que tú! Él, el que con su arte resucita e inmortaliza a los que tú dejas morir por tu torpeza, él tendrá pronto un hijo, traerá un nuevo viviente, obra suya de carne y sangre y hueso al mundo, mientras tú... Tú acaso no seas capaz de ello... ¡Es más hombre que tú!»

Entró mustio y sombrío en el puerto de su hogar.

-Vienes de casa de Abel, ¿no? -le preguntó mujer.

-Sí. ¿En qué lo has conocido?

-En tu cara. Esa casa es tu tormento. No debías ir a ella...

-¿Y qué voy a hacer?

-¡Excusarte! Lo primero es tu salud y tu tranquilidad...

-Aprensiones tuyas...

-No, Joaquín, no quieras ocultármelo... -y no puedo continuar, porque las lágrimas le ahogaron la voz.

Sentóse la pobre Antonia. Los sollozos se le arrancaban de cuajo.

-Pero ¿qué te pasa, mujer, qué es eso...?

-Dime tú lo que a ti te pasa, Joaquín, confíamelo todo, confiésate conmigo...

-No tengo nada de que acusarme...

-Vamos, ¿me dirás la verdad, Joaquín, la verdad? El hombre vaciló un momento, pareciendo luchar un enemigo invisible, con el diablo de su guarda, y con arrancada de una resolución súbita, desesperada, gritó casi:

-¡Sí, te diré la verdad, toda la verdad!

-Tú quieres a Helena; tú estás enamorado todavía de Helena.

-¡No, no lo estoy! ¡No lo estoy! ¡Lo estuve; pero no lo estoy ya, no!

-¿Pues entonces?...

-¿Entonces, qué?

-¿A qué esa tortura en que vives? Porque esa casa, la casa de Helena, es la fuente de tu malhumor, esa casa es la que no te deja vivir en paz, es Helena...

-¡Helena no! ¡Es Abel!

-¿Tienes celos de Abel?

-Sí, tengo celos de Abel; le odio, le odio, le odio -y cerraba la boca y los puños al decirlo, pronunciándolo entre dientes.

-Tienes celos de Abel... Luego quieres a Helena.

-No, no quiero a Helena. Si fuese de otro no tendría celos de ese otro. No, no quiero a Helena, la desprecio, desprecio a la pava real esa, a la belleza profesional, a la modelo del pintor de moda, a la querida de Abel...

-¡Por Dios, Joaquín, por Dios...!

-Sí, a su querida... legítima. ¿O es que crees que la bendición de un cura cambia un arrimo en matrimonio?

-Mira, Joaquín, que estamos casados como ellos...

-¡Como ellos, no, Antonia, como ellos, no! Ellos se casaron por rebajarme, por humillarme, por denigrarme; ellos se casaron para burlarse de mí; ellos se casaron contra mí.

Y el pobre hombre rompió en unos sollozos que le ahogaban el pecho, cortándole el respiro. Se creía morir.

-Antonia... Antonia... -suspiró con un hilito de voz apagada. -¡Pobre hijo mío!
-exclamó ella abrazándole.

Y le tomó en su regazo como a un niño enfermo, acariciándole. Y le decía:

-Cálmate, mi Joaquín, cálmate... Estoy aquí yo, tu mujer, toda tuya y sólo tuya. Y ahora que sé del todo tu secreto, soy más tuya que antes y te quiero más que nunca... Olvídalos... desprécialos... Habría sido peor que una mujer así te hubiese querido...

-Sí, pero él, Antonia, él...

-¡Olvídale!

-No puedo olvidarle... me persigue... su fama, su gloria me sigue a todas partes...

-Trabaja tú y tendrás fama y gloria, porque no vales menos que él. Deja la clientela, que no la necesitamos, vámonos de aquí a Renada, a la casa que fue de mis padres, y allí dedícate a lo que más te guste, a la ciencia, a hacer descubrimientos de esos y que se hable de ti... Yo te ayudaré en lo que pueda... Yo haré que no te distraigan... y serás más que él...

-No puedo, Antonia, no puedo; sus éxitos me quitan el sueño y no me dejarían trabajar en paz... la visión de sus cuadros maravillosos se pondría entre mis ojos y el microscopio y no me dejaría ver lo que otros no han visto aún por

él... No puedo... no puedo...

Y bajando la voz como un niño, casi balbuciendo como atontado por la caída en la sima de su abyección, sollozó diciendo:

-Y van a tener un hijo, Antonia...

-También nosotros le tendremos -le suspiró ella al oído, envolviéndolo en un beso-, no me lo negará la Santísima Virgen, a quien se lo pido todos los días... Y el agua bendita de Lourdes...

-¿También tú crees en bebedizos, Antonia?

-¡Creo en Dios!

-«Creo en Dios» -se repitió Joaquín el verse solo; solo con el otro-; «¿y qué es creer en Dios? ¿Dónde está Dios? ¡Tendré que buscarle!»

X

«Cuando Abel tuvo su hijo -escribía en su Confesión Joaquín- sentí que el odio se me enconaba. Me había invitado a asistir a Helena al parto, pero me excusé con que yo no asistía a partos, lo que era cierto, y con que no sabría conservar toda la sangre fría, mi sangre arrecida más bien, ante mi prima si se viera en peligro. Pero mi diablo me insinuó la feroz tentación de ir a asistirle y de ahogar a hurtadillas al niño. Vencí a la asquerosa idea.

»Aquel nuevo triunfo de Abel, del hombre, no ya del artista -el niño era una hermosura, una obra maestra de salud y de vigor, "un angelito", decían-, me apretó aún más a mi Antonia, de quien esperaba el mío. Quería, necesitaba que la pobre víctima de mi ciego odio -pues la víctima era mi mujer más que yo- fuese madre de hijos míos, de carne de mi carne, de entrañas de mis entrañas torturadas por el demonio. Sería la madre de mis hijos y por ello superior a las madres de los hijos de otros. Ella, la pobre, me había preferido a mí, al antipático, al despreciado, al afrentado; ella había tomado lo que otra desechó con desdén y burla. ¡Y hasta me hablaba bien de ellos!

»El hijo de Abel, Abelín, pues le pusieron el mismo nombre de su padre y como para que continuara su linaje y la gloria de él, el hijo de Abel, que habría de ser andando el tiempo, instrumento de mi desquite, era una maravilla de niño. Y yo necesitaba tener uno así, más hermoso aún que él.»

XI

-¿Y qué preparas ahora? -le preguntó a Abel Joaquín un día en que, habiendo ido a ver al niño, se encontraron en el cuarto de estudio de aquél.

-Pues ahora voy a pintar un cuadro de Historia, o mejor, del Antiguo Testamento, y me estoy documentando...

-¿Cómo? ¿Buscando modelos de aquella época? -No, leyendo la Biblia y comentarios a ella.

-Bien digo yo que tú eres un pintor científico...

-Y tú un médico artista, ¿no es eso?

-¡Peor que un pintor científico... literato! ¡Cuida de no hacer con el pincel literatura!

-Gracias por el consejo.

-¿Y cuál va a ser el asunto de tu cuadro?

-La muerte de Abel por Caín, el primer fratricidio.

Joaquín palideció aún más, y mirando fijamente a su primer amigo, le preguntó a media voz:

-¿Y cómo se te ha ocurrido eso?

-Muy sencillo -contestó Abel sin haberse percatado del ánimo de su amigo-; es la sugestión del nombre. Como me llamo Abel... Dos estudios de desnudo...

-Sí, desnudo del cuerpo...

-Y aun del alma...

-¿Pero piensas pintar sus almas?

-¡Claro está! El alma de Caín, de la envidia, y el alma de Abel...

-¿El alma de qué?

-En eso estoy ahora. No acierto a dar con la expresión, con el alma de Abel. Porque quiero pintarle antes de morir, derribado en tierra y herido de muerte por su hermano. Aquí tengo el Génesis y el Caín de lord Byron; ¿lo conoces?

-No, no conozco el Caín de lord Byron. ¿Y qué has sacado de la Biblia?

-Poca cosa... Verás -y tomando un libro, leyó: «y conoció Adán a su mujer Eva, la cual concibió y parió a Caín y dijo: He adquirido varón por Jehová. Y

después parió a su hermano Abel y fue Abel pastor de ovejas, y Caín fue labrador de la tierra. Y aconteció, andando el tiempo, que Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová y Abel trajo de los primogénitos de sus ovejas y de su grosura. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda, mas no miró propicio a Caín y a la ofrenda suya...»

-Y eso, ¿por qué?... -interrumpió Joaquín-. ¿Por qué miró Dios con agrado la ofrenda de Abel y con desdén la de Caín?

-No lo explica aquí...

-¿Y no te lo has preguntado tú antes de ponerte a pintar tu cuadro?

-Aún no... Acaso porque Dios veía ya en Caín el futuro matador de su hermano... al envidioso...

-Entonces es que le había hecho envidioso, es que le había dado un bebedizo. Sigue leyendo.

-«Y ensañóse Caín en gran manera y decayó su semblante. Y entonces Jehová dijo a Caín: ¿Por qué te has ensañado?, ¿y por qué se ha demudado tu rostro? Si bien hicieres, ¿no serás ensalzado?, y si no hicieres bien el pecado está a tu puerta. Ahí está que te desea, pero tú le dominarás...»

-Y le venció el pecado -interrumpió Joaquín-, porque Dios le había dejado de su mano. ¡Sigue!

-«Y habló Caín a su hermano Abel, y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel y le mató. Y Jehová dijo a Caín...»

-¡Basta! No leas más. No me interesa lo que Jehová dijo a Caín luego que la cosa no tenía ya remedio.

Apoyó Joaquín los codos en la mesa, la cara entre las palmas de la mano, y clavando una mirada helada y punzante en la mirada de Abel, sin saber de qué alarmado, le dijo:

-¿No has oído nunca una especie de broma que gastan con los niños que aprenden de memoria la Historia Sagrada cuando les preguntan: «¿Quién mató a Caín?»

-¡No!

-Pues sí, les preguntan eso y los niños, confundiéndose, suelen decir: «Su hermano Abel.»

-No sabía eso.

-Pues ahora lo sabes. Y dime tú, que vas a pintar esa escena bíblica... ¡y tan